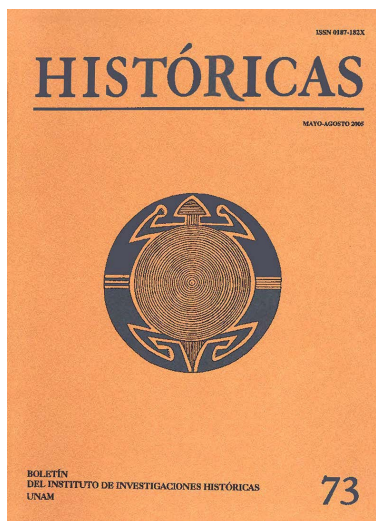




Artículo: Mi generación: visión a distancia

Autor(es): Torre Villar, Ernesto de la

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 73

Año: 2005

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Torre Villar, Ernesto de la. "Mi generación: visión a distancia" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 73 (2005): p. 2-6. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3617>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ ENSAYOS

Mi generación. Visión a distancia

Ernesto de la Torre Villar

Escritor hipercrítico, no con muchos conocimientos del desarrollo cultural de México, admirado por la influencia cultural del pensamiento francés, más en concreto por la generación de los *Annales*, escribió hace poco tiempo que el gran maestro Fernand Braudel había escrito que los mexicanos que fuimos sus alumnos habíamos ido a París a oírlo.

Como mala interpretación esa afirmación puede pasar, mas no revela ni el estado del saber histórico universal ni la preparación intelectual que poseíamos los becarios que nos incorporábamos en los años cuarenta a los planteles universitarios europeos, por entonces sólo accesibles los de España, Francia y algunos británicos.

A Francia acudimos abundantemente para estudiar derecho, historia, antropología, arquitectura, ingeniería y otras disciplinas. En el campo de la historia los adelantados fuimos Pablo González Casanova, Fernando Sandoval, Luis González y yo. Más tarde llegarían Gonzalo Obregón, Luis Villoro, Francisco López Cámara, Antonio Alatorre y otros colegas más.

Todos habíamos surgido de la UNAM y de El Colegio de México que eran, junto con el Instituto Politécnico Nacional, los pivotes de la educación mexicana. El país vivía en paz y un desarrollo excepcional. La economía y la demografía habían mejorado y las instituciones madurado con el acierto de sus dirigentes, así como con los contactos con el exterior que habían sido oportunos y fructíferos. El país crecía y se desarrollaba con firmeza. A las obras materiales impulsadas por los presidentes Calles y Cárdenas seguía el intento de una administración honesta, eficaz, la cual se puso en manos de la elite universitaria más competente. Se fundieron secretarías de Estado, desaparecieron y aparecieron otras más. Se creó la Ciudad Universitaria, que transformaría no sólo a la ciudad de México sino a todo el país. Por las guerras, llegaron en parvada esplendente sabios europeos y americanos. Varios cientos de ellos enriquecieron nuestras aulas, laboratorios y centros de estudio, como El Colegio de México que propició cambios fundamentales en la cultura, en la educación, en la transmisión del pensamiento moderno.

La Universidad ganó tanto más, pues a sus numerosas escuelas y facultades se sumaron maestros de gran calidad científica, humanista y sobre todo humana. En El Colegio contamos con Agustín Millares Carlo, Francisco

Barnés, José Carner, David García Baca, José Medina Echeverría, Juan Roura Parella, José Gaos, Concepción Muedra, José Miranda y muchos más, de los que aprendimos filosofía, sociología, literatura clásica y moderna, filología, arte y muchas otras formas del saber.

Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas, quienes tripulaban con diestra inteligencia esa enorme embarcación, también nos condujeron por el saber sajón, práctico e inmensamente útil. Los cursos que nos impartieron Arthur Whitaker, Bert James Loewenberg, Earl Hamilton, Robert Smith, Max Savelle, más los de Mariano Picón Salas, Rómulo Gallegos, Arturo Ardao, así como los de los galos Paul Rivet y Jacques Soustelle, el germano Paul Kirchhoff y otros igualmente afamados nos habían abierto los ojos a enorme cúmulo de ideas modernas.

En nuestro recorrido profesional pudimos conocer los esfuerzos que realizaba el grupo selecto de maestros laboriosos y entusiastas. El núcleo que desde California trabajaba en temas económicos, demográficos y estadísticos, encabezado por Glenbourne Cook, Lesley Byrd Simpson y Woodrow Borah, provocó grandes cambios en nuestras concepciones históricas. Lo mismo ocurrió con los postulados surgidos de la economía que trataban de imponer sobre todo otro razonamiento, como fue el análisis y estudio de los precios. No se puede desdeñar la presencia de las teorías marxistas que influían por igual en maestros y alumnos de las universidades, institutos y colegios.

Bajo las ideas procedentes de estos grupos vivimos los historiadores de esos años. Así como llegaron esas tendencias, muchas desaparecieron. Sólo las de raíz político-social han prevalecido un poco más.

Esa variada riqueza intelectual no la habíamos desperdiciado. Varios de nosotros procedíamos de las facultades de Jurisprudencia y Filosofía y Letras, y también estuvimos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, recién creada y con excelente plantel de profesores, como Gilberto Loyo, Miguel Othón de Mendizábal, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera, Wigberto Jiménez Moreno, Roberto Weitlaner y Johanna Faulhaber.

Cuando partimos a Europa, en mi caso en 1948, tuve la oportunidad de inscribirme en la Sorbonne y en la Escuela de Altos Estudios que ostentaban rica paleta de cursos a llevar. Maestros como Paul Renouvin, Henri Sée, Ernest Labrousse, Irénée Marrou y muchos más dificultaban la selección obligatoria. Altos estudios con sus especialidades en lingüísticas afroorientales, religiones semíticas, economías del mundo árabe e historia moderna constituían enormes y sugerentes atractivos, pero muy lejanos a nuestros intereses. Espacio sobresaliente lo componía el Colegio de Francia en el que figuraban Lucien Febvre, Marcel Bataillon y más tarde Claude Lévi-Strauss.

La proximidad de esos planteles nos permitía asistir a los cursos magistrales que impartía en la Escuela Normal Robert Ricard, quien dejó, a más

de obras incomparables como *La conquista espiritual de México*, hondos estudios acerca de Sor Juana.

El mundo intelectual era espeso, nutrido; magníficos los maestros, las bibliotecas bien surtidas, y los archivos abiertos a toda investigación.

En el año de 1950 se celebró en París un Congreso Internacional de Ciencias Históricas. La estrella de ese evento fue el británico Arnold Toynbee, quien había despertado la inquietud del mundo histórico con su célebre texto. Habló en la Sorbonne causando gran expectación. Rodeado de los más reputados historiadores del mundo, el profesor Toynbee resumió su pensamiento claro, brillante, bastante convincente. Su obra se convertiría en el vademécum de todo historiador. Sus ideas dejaron muy lejos de nosotros las teorías históricas encontradas en los textos de Oswald Spengler y que tanto habíamos discutido en México.

Ese mismo año de 1950 ocurrió en Europa un acontecimiento trascendental, la apertura del Año Santo en Roma. Acudimos mi esposa y yo, halando en comodísima *carrozzina* a nuestro hijo de meses, Miguel. Nos alojaron en precioso y amplio apartamento frontero al Castillo de Sant'Angelo, con bello jardincito lleno de frescor. Por la Via della Conciliazione, recientemente inaugurada, llegábamos rápido al Vaticano. Visitamos sus galerías, bibliotecas, capillas y jardines, pues encontramos cordial asistencia. Asistimos a las funciones pontificias y admiramos la figura y espiritualidad excepcional de Pío XII, pontífice santo, sabio y prudente. Conocimos la ciudad clásica y, luego de visitar Florencia y Asís, partimos a España. Perverso amigo me acusó de ser "elemento revolucionario". Estuve bajo vigilancia policiaca, y luego de bautizar a Miguel en la catedral de Toledo por influencia de fray Lino, partimos vía Carcassone y Lourdes a París. Ahí reanudamos vida y trabajo. Esperanza, mi esposa, y Miguel partieron más tarde en atractivo y potente mercante holandés a México. En el mismo navío embarcaría yo hacia Veracruz un año después, luego de detenernos en La Guaira y La Habana. Establecidos en México, modestamente reiniciamos la vida familiar y nuestras tareas universitarias. Éste fue un paréntesis en nuestra vida cordial, sana y laboriosa, de la que disfrutamos durante cincuenta años.

Otros acontecimientos nos infundían entusiasmo por las nuevas ideas. Albert Camus y Jean Paul Sartre figuraban como los escritores más salientes; Honneger y Hindemith nos revelaban nuevas formas musicales, Picasso y Matisse fijaban las pautas del arte moderno.

Voces que escuchar, ideas que discutir bullían por la Europa de los años cuarenta y cincuenta. La tropa estudiantil era bizarra, entusiasta y llena de ardor. Se asistía a cines y teatros para gozar de los éxitos de Jean Luis Barrault, los de la Comedia Francesa, las operetas en las que se lucía como cantante Ives Montand y los teatros en los que cantaban Edith Piaf y Juliette Greco.

En ese ambiente escuchábamos con respeto a enseñantes talentosos, leíamos sin parar y enriquecíamos nuestra mente con excelentes y nuevas inter-

pretaciones. Fernando Braudel mostraba sistemas de trabajo casi inconcebibles e introducía a los estudiantes en ambientes universales que desconocíamos y que nos dejaban prendidos en recia disciplina historiográfica. Italianos, portugueses, brasileños, norteamericanos, mexicanos, españoles formábamos su curso general; comentábamos entusiastamente los capítulos que iban formando su obra maestra, *El Mediterráneo en la época de Felipe II*. Trigo, sal, vino, bacalao, maíz, los grandes frutos de consumo. Junto a ellos los navíos, los comerciantes, el surgimiento del crédito, las ferias y rutas comerciales. Todo un mundo en movimiento en el que no faltaba nada. Formas de colonización, teorías filosóficas y jurídicas, sistemas económicos, todo ello aprendíamos y discutíamos sin empecinarnos en imponer una teoría o sistema. Miles de fichas servían de sustento a las discusiones y nos daban la oportunidad de estimar todo un proceso histórico amplio y rico, y la forma genial de construir a través de ardua labor historiográfica obra magna de historia universal.

Cercanos como estábamos de España, pudimos releer las recias obras de Ramón Carande, de Jiménez Fernández, seguir de cerca las jugosas polémicas entre Américo Castro y Sánchez Albornoz, y ver aparecer poco a poco la genial obra sobre las culturas indígenas de José Alcina y los estudios que acerca del México moderno elaboraba Jaime Delgado. Observamos con interés el nacimiento del Opus Dei y la consolidación del régimen de Franco, el que únicamente respetaba a Ortega y Gasset y a su grupo. Por entonces brotaron músicos geniales como Joaquín Rodrigo, Victoria de los Ángeles y Montserrat Caballé. Había desaparecido la pléyade mayor de Albéniz, Falla, Turina, Granados. García Lorca despuntaba poco antes de su trágica muerte que nos conmovió hondamente.

El existencialismo incubó firmemente en el pensamiento de nuestros jóvenes filósofos y la aparición de los tratados de Kierkegaard y de Heidegger dieron pábulo a construcciones positivas. El mundo en un ambiente propicio a la libertad se manifestaba en sus mejores representantes. Cuatro años estuvimos en los laboratorios más abiertos e inteligentes del pensamiento. Escuchamos, vimos e intervinimos en ese cambio. Fuertes asociaciones estudiantiles atraían a cientos de estudiantes de toda edad y tendencia. Eran fuertes, serias, de gran consistencia, y su actividad eficaz, de alto nivel. Servían para ofrecernos un aspecto de la vida estudiantil poco común en nuestras latitudes. Las animaba el gran impulsor Emmanuel Monnier.

Uno más de los grandes atractivos europeos lo representaban los museos; los de París eran extraordinarios y en los años que vivimos ahí ya estaban reorganizados o por reorganizarse. El Louvre era el más saliente; esplendoroso, revela en los altos niveles la vocación artística de la humanidad, sus grandes logros: Egipto, Mesopotamia, el Mediterráneo apuntalado por Grecia y Roma. Actitudes guerreras medievales se dan la mano con el elevado y exquisito arte de los palacios y las catedrales. Pintura, escultura, artes industriales nos llevan por los senderos de técnicas, gustos, materiales.

A poco caminar se penetra en la Orangerie, en el Jeu de Pomme, en el pequeño y el Gran Trianon, en el Musée de l'Homme, el de la Marina, y a un lado deslumbra el Guimet con sus tesoros orientales. La ciudad entera es un museo que hay que recorrer con mirada inteligente y pasos firmes. Un ambiente que avanzaba hacia la modernidad en todas las manifestaciones humanas era el existente en los inicios del medio siglo, cuando tuvimos que volver a nuestra patria, todavía en las grandes embarcaciones que no se resistían a dejar el sitio a las naves aéreas.

En México había que buscar ahora sitio para el trabajo, para que lo aprendido y realizado en Europa fructificara. La Universidad Nacional, El Colegio de México, el Instituto de Antropología, nos recibieron amigablemente. La Ciudad Universitaria sustituía poco a poco a las viejas instalaciones.

El esplendoroso Museo de Antropología y Arqueología abría sus puertas, se reorganizaban los archivos, sobre todo el General de la Nación y las bibliotecas se multiplicaban y ordenaban. Bajo esas perspectivas tuvimos que regular nuestras vidas. Instituciones añosas, como la Facultad de Filosofía y Letras, la Escuela Normal Superior, la Escuela de Ciencias Políticas y Sociales, la de Antropología e Historia, fueron nuestros paraderos, en donde pudimos introducir métodos y concepciones adquiridos durante nuestra estancia en el exterior. El Colegio de México se expandía, y expandía el saber de sus prestigiados maestros, crecían sus centros y por todo el país se sentía la renovación ideológica que ellas y varias centenas de estudiantes habían obtenido en Europa, y que por entonces servían de fermento al desarrollo del país.

Lo que se podía obtener en el viejo y siempre nuevo mundo europeo era inconmensurable. No era la voz clara y penetrante y las enseñanzas recias y honradas de sus investigadores, entre otros Fernand Braudel, sino el torrente clamoroso de la transmisión del pensamiento en los medios académicos, universitarios, que vibraban concibiendo y transmitiendo ideas geniales a miles de estudiantes procedentes de todas las regiones del planeta. Esto fue lo que fuimos a escuchar en el ámbito de la cultura, en los inigualables centros de cultura europeos.

Mi generación, la que acudió a Europa al final de la segunda guerra mundial, ansiosa de ideas y cambios, constituida por médicos, ingenieros, juristas, antropólogos, filósofos, historiadores y artistas, fue una generación sobresaliente que impulsó a otras posteriores para acudir a centros de renovación social e ideológica en los que, guiados por maestros de sobrada experiencia, se formarían dentro de seculares y severos métodos de enseñanza, en un ambiente de libertad y de honda solidaridad social.□

En meditativo aniversario.

24 de abril de 2005